

AGRICULTURAS AFRICANAS Y MERCADO MUNDIAL

Marc Dufumier



Traducción libre realizada por el
Grupo de Estudios sobre Agriculturas Africanas
(GEsAA)

UNIVERSIDAD POLITECNICA DE VALENCIA
GRUPO DE ECONOMIA INTERNACIONAL (GEI)

Marc Dufumier es profesor de Agricultura Comparada y Desarrollo Agrícola en el “Institut des Sciences et Industries du Vivant et de l’Environnement” (AgroParisTech), igualmente es miembro del Consejo de Administración del “Institut de recherches et d’applications des méthodes de développement (IRAM). Cada año, realiza misiones de experto para apoyar la concepción, la formulación, la gestión, el seguimiento y la evaluación de políticas, programas y proyectos de desarrollo agrícola y rural en diversas regiones del Sur: (Sudeste Asiático, América Latina, África Subsahariana).

PROLOGO

África es un continente desconocido para los universitarios españoles y para la gente de nuestro país en general. Por varias razones. A pesar de ser su vecino europeo más cercano, la historia no nos acercó más allá de los límites del Magreb. Así, a diferencia de Portugal cuyos territorios en África descubiertos en el siglo XIII y XIV y conquistados posteriormente, multiplicaban por diez la superficie de la metrópoli, y que fueron ratificados como posesiones portuguesas por la Conferencia de Berlín, España lo más que consiguió, fueron, con aventuras coloniales puntuales, el Sahara Occidental y la Guinea Ecuatorial en el Golfo de Guinea¹. Esta ausencia de España como potencia colonial en África ha sido, entre otras, una de las causas del desconocimiento histórico que de ella se tiene.

Pero si en general lo que se conoce de este continente es muy superficial, más desconocida aún es su agricultura y su mundo rural. Ciertamente la complejidad que presentan 54 países con climas y condiciones ecológicas tan diferentes que van desde regiones áridas, desérticas como el Sahara, o semiáridas, como amplias zonas en los confines del gran desierto, a regiones con clima mediterráneo muy similar a la costa este española, las inmensas superficies de sabana, o las zonas tropicales húmedas del África austral, hace difícil y arduo su estudio. En su inmensidad hay países que recogen en sí mismos varios climas con diversidad de paisajes y de cultivos.

África en general es un continente poco poblado, con muchas de sus regiones presentando condiciones poco favorables para el desarrollo de la agricultura. Pero debemos de decir que las hambrunas que allí se dan y de las que se hacen regularmente eco los medios de comunicación, son debidas más a fenómenos de desestructuración de las sociedades tradicionales, a conflictos armados, al abandono que de la agricultura hicieron las élites políticas tras las independencias, a factores externos que se les imponen aún hoy en día por las antiguas metrópolis, que a la real capacidad para hacer producir sus tierras con el fin de alimentar a la población.

El libro del profesor Marc Dufumier que presentamos, sencillo pero básico, es una herramienta de gran valor para comprender la complejidad de las agriculturas africanas y a la vez vislumbrar esos factores externos que impiden el desarrollo de las agriculturas campesinas de este gran continente.

Este documento ha sido traducido² y publicado por el recién creado **Grupo de Estudios sobre las Agriculturas Africanas (GEsAA)** en el interior del Grupo de Economía Internacional (GEI) de la Universidad Politécnica de Valencia. En el futuro se tiene la intención de abordar, sabiendo lo ingente de la tarea, otros estudios de investigación y divulgación sobre las agriculturas africanas.

Valencia, mayo de 2009

Pasqual Moreno Torregrosa
Coordinador del GEsAA

¹ En la Conferencia de Algeciras se le confió a España la “protección” del norte de Marruecos, país soberano que no había podido ser adjudicado en la Conferencia de Berlín, pero al que se quería aplicar una política de “puertas abiertas”. La parte sur del país, el llamado Marruecos útil, constituyó el Protectorado francés.

² Traducción: **Manuela Mora Parra**. El libro fue publicado originariamente en francés por la **Fundación Gabriel Péri**, quien gentilmente dio su autorización para que se publicase en español por el GEsAA. Para más información consultar: www.gabrielperi.fr

INDICE

Prólogo.....	3
Índice.....	4
Introducción.....	5
La débil competitividad de las agriculturas africanas.....	7
Circunstancias ecológicas frecuentemente condicionantes.....	7
La agricultura precolonial.....	8
La herencia de la colonización.....	10
La agricultura agroexportadora bajo la tutela del Estado.....	11
Los importantes acondicionamientos hidráulicos.....	14
Para un “comercio justo”: proteger las agriculturas de subsistencia del Sur. Reformar la política agrícola común.....	16
El derecho del campesinado africano a medidas de protección aduaneras.....	16
Por una revisión radical de la política agrícola común (PAC) europea.....	18
Democratizar y asegurar el acceso a la propiedad agrícola.....	22
La extensión de las superficies cultivadas: espacios cada vez más codiciados.....	22
Asegurar el acceso a las tierras y los pastos.....	24
Por unas reformas agrarias en el África austral.....	27
Promover una investigación y un desarrollo tecnológico apropiado.....	30
Éxitos y límites de la “revolución verde” en África.....	30
Por un enfoque agroecológico de la agronomía.....	31
Conclusión.....	36
Notas.....	38

AGRICULTURAS AFRICANAS Y MERCADO MUNDIAL

Marc Dufumier

INTRODUCCIÓN

Ciertamente, René Dumont no se equivocaba cuando en 1962, al día siguiente de las independencias, anunciaba que el África negra había comenzado mal (1). En efecto, es preciso constatar que después de más de 40 años de un mal desarrollo, África subsahariana continúa condenada al estancamiento económico, incluso a la recesión. Esta región del mundo es todavía hoy la que tiene, proporcionalmente, el mayor número de pobres y de personas subalimentadas: el 46% de la población gana menos de dos dólares al día y sigue sin tener una dieta con las calorías suficientes: 2 200 calorías por día y por persona de media (2). Frecuentemente, la población sufre graves periodos de déficit de cereal, durante los cuales los gobiernos se ven obligados a recurrir a la ayuda alimentaria internacional para evitar las hambrunas. Pero los países excedentarios en cereales tienden a reducir aquella y prefieren vender su grano en los mercados más solventes cuando el precio sube en el mercado mundial.

Este hecho dramático es el reflejo directo del desfase entre el crecimiento productivo y el de la población observado en la mayor parte de los países de África. El aumento de la producción alimentaria no consigue alcanzar al crecimiento demográfico y las disponibilidades de alimentos por habitante no bastan para satisfacer las necesidades de calorías consideradas “normales”, a pesar de las crecientes importaciones de cereales y otros productos alimenticios (arroz, harina de trigo, azúcar, etc.). A excepción de algunas regiones litorales o en altitud (llanura costera del sur-este nigeriano, altas mesetas del oeste de Camerún, región de los grandes lagos, etc.) en las cuales la densidad de población supera los 100 habitantes por kilómetro cuadrado, el África subsahariana parece todavía poco densamente poblada. Si bien la fecundidad empieza a disminuir en algunos países del África austral y oriental, el crecimiento demográfico al sur del Sahara es todavía muy rápido, del orden de 2,7 % al año, lo que significará doblar su población de aquí al 2050 (3).

Los productos destinados a la exportación (café, cacao, caucho, aceite de palma, cacahuete, algodón, etc.) no permiten realmente a los países africanos procurarse las divisas que necesitarían para comprar los productos alimenticios que necesitan sus poblaciones rurales y urbanas, las cuales no dejan de crecer. El déficit de la balanza comercial de los países africanos es todavía muy alto, y la devaluación del franco CFA en enero 1994, no les ha permitido disminuir su importancia. Su dependencia de las ayudas alimentarias procedentes de las grandes potencias cerealistas (Europa occidental, Estados Unidos de América, etc.) es pues cada vez más estructural, lo que evidencia la baja productividad de los agricultores

en estos países, donde la población activa agrícola representa todavía más de dos tercios de la población activa total.

El hecho real es que, actualmente en África, predomina una crisis agraria y rural de extrema gravedad cuyas consecuencias se manifiestan en numerosos aspectos: bajo nivel de vida, desnutrición, descapitalización de las explotaciones, menor producción de biomasa, erosión creciente de los suelos, éxodo rural y emigraciones masivas hacia el extranjero, tensiones sociales agudas, aumento del riesgo de guerras civiles, etc. El débil crecimiento de la agricultura y de la economía en los países del África subsahariana continua impidiendo el establecimiento de los servicios de educación y de sanidad que serían necesarios; y a causa de la enorme extensión del SIDA, la esperanza de vida empieza a bajar en numerosas regiones. Desgraciadamente, lo que a partir de ahora limita el crecimiento fulgurante de la población en Rwanda, Burundi, Liberia, Sierra Leona, Chad, Sudán y en las dos repúblicas del Congo son las hambrunas y la escasez, la expansión o el recrudecimiento de las enfermedades (SIDA, paludismo, etc.) y la multiplicación de las guerras civiles.

En la actualidad, numerosos jóvenes adultos tratan de huir de la miseria de sus regiones de origen y emigran hacia Europa o hacia las últimas zonas forestales que aún tienen libre acceso.

LA DÉBIL COMPETITIVIDAD DE LAS AGRICULTURAS AFRICANAS

Los mediocres resultados de la agricultura africana no tienen una única causa, proceden de un conjunto de condiciones particularmente desfavorables, de orden ecológico (pobreza de los suelos, irregularidad e insuficiencia de lluvias, destrucciones ocasionadas por la langosta, etc.) y de orden económico y social: competencia de los cereales importados, útiles de trabajo de poca calidad, infraestructuras inadecuadas, conflictos por el acceso a los recursos naturales, etc.

Circunstancias ecológicas a menudo condicionantes

Hemos de reconocer en primer lugar que, salvo contadas excepciones, los países del África subsahariana no tienen “condiciones naturales” especialmente favorables al desarrollo agrícola.

Desde los confines del Sahara a los primeros bosques tropicales secos, las regiones sahelianas y sudanesas tienen una climatología muy difícil. Las temperaturas son muy elevadas y las precipitaciones muy débiles. La única estación de lluvias no dura generalmente más de 3 ó 5 meses, con una media anual de precipitaciones que no va más allá de los 400 y los 1000 mm. de norte a sur. Las estepas de plantas espinosas y las sabanas arboladas predominan en las regiones sahelianas y sirven de tierras de pastoreo para los rebaños conducidos por ganaderos nómadas y trashumantes. Los desplazamientos pendulares norte-sur permiten a los ganaderos de grandes y pequeños rumiantes (bovinos, camélidos, caprinos y ovinos) dar de comer y de beber a sus animales, aprovechando el escalonamiento de los pastos de unas zonas a otras. Las débiles precipitaciones y su carácter aleatorio representan el problema mayor para los agricultores sedentarios de esas regiones del Sahara y de Sudán; en efecto, no pueden apenas prever con exactitud las fechas en las que convendría sembrar sus cereales (mijo, sorgo, maíz, etc.) y sus legumbres secas (judías, guisantes, etc.), para que puedan terminar correctamente sus ciclos vegetativos y reproductivos antes de la llegada de la estación seca. Sólo las llanuras abonadas con las crecidas de los ríos y las terrazas aluviales situadas en los márgenes de los grandes ríos tienen tierras relativamente fértiles, pero son superficies muy limitadas. Los suelos de las mesetas de gres o las arenas de origen eólico son muy ácidos, pobres en materia orgánica y carentes de elementos minerales. Iguales condiciones agroecológicas aparecen también en las regiones semiáridas del África austral, en Namibia, en Botswana y en las zonas de baja altura en África del Sur y en Zimbawe.

Desde el Océano Atlántico a la fosa occidental del África del este, a lo largo del Golfo de Guinea, y en el corazón del África central, el África intertropical húmeda está cubierta de grandes macizos forestales, en cuyos límites se extienden vastas extensiones de sabanas y, en menor medida, de praderas. Pero la abundancia de vegetación y la rapidez con la que pueden crecer ciertas plantas cultivadas no deben en absoluto hacernos ilusiones. Sabiendo que los elementos minerales útiles

para el crecimiento y desarrollo de las plantas cultivadas se encuentran esencialmente en la biomasa vegetal, y teniendo en cuenta que la mineralización del humus se ve acelerada en cuanto las tierras desbrozadas son expuestas al sol y al calor, las prácticas agrícolas que no permiten la reconstitución rápida de una importante capa vegetal no pueden considerarse reproducibles a largo plazo. En estas regiones de fuerte pluviometría, los suelos ferralíticos se caracterizan generalmente por su gran profundidad; pero una vez en superficie y sometidos a un lavado intenso por el agua de las lluvias, estos suelos son incapaces de conservar su fertilidad inicial.

Son las montañas y las mesetas volcánicas las que ofrecen las condiciones más favorables para la agricultura. Efectivamente, los suelos de origen volcánico presentan una riqueza mineral frecuentemente superior a aquellos formados sobre granito, gneiss y gres de las mesetas erosionadas y hondonadas situadas a poca altura. A causa de las temperaturas relativamente templadas, la rapidez de mineralización del humus es menor en estas regiones montañosas que en las llanuras situadas más abajo. Así pues, la capa humífera de los suelos es aquí más importante. Al tener un clima más fresco, estas regiones están menos expuestas a los riesgos del paludismo y de la enfermedad del sueño. Si añadimos a ello el hecho de que las montañas retiradas del África austral, la meseta abisinia y la región de los Grandes Lagos han sido zonas de refugio para gran número de personas, no es de extrañar que presenten en la actualidad las mayores densidades demográficas de África.

La agricultura precolonial.

Antes de la colonización europea, los agricultores del África sahelosudanesa cultivaban cereales, leguminosas, tubérculos y raíces diversas (mijo, sorgo, judía (4), judías (5), ñame, mandioca, etc.) para su autoconsumo alimenticio y para eventuales trueques por leche y carne con ganaderos nómadas y trashumantes, cuyos rebaños pasaban todos los años, durante la estación seca, cerca de sus pueblos. Practicaban todavía diversas formas de agricultura de roza y quema, en la que las parcelas desbrozadas sólo eran cultivadas durante unos pocos años (dos o tres tan sólo), alternando con fases de plantaciones arbustivas o de replantación forestal de mucha mayor duración (descansos desde 5 a 15 años). Sin embargo, una especie de arroz africano (*Oryza glaberrima*) podía ya ser cultivado todos los años en las zonas bajas inundables y en las llanuras abonadas por las crecidas, sin períodos de barbecho, gracias a las tierras de aluvión traídas por las aguas. Las herramientas de los agricultores eran exclusivamente manuales; y todavía sigue siendo así en la actualidad, en las regiones más aisladas y entre los agricultores más pobres. Con tales instrumentos, el desbroce era uno de los trabajos más penosos y por lo tanto la superficie máxima que se podía cultivar por año y por activo se reducía a menos de una hectárea e incluso a veces a media hectárea.

El lento avance de los pueblos bantús en dirección a los bosques ecuatoriales empezó hace cuatro mil años, durante la desecación progresiva del Sahara y de las regiones situadas más al sur. Estas poblaciones que practicaban ya la agricultura de la roza y quema, así como la cría de rumiantes, se establecieron preferentemente en

las regiones donde las condiciones les parecieron más favorables para estas actividades. Colonizaron en primer lugar las zonas altas de la región de los Grandes Lagos donde les fue posible criar ganado bovino y cultivar sorgo, eleusina (6), ñame y una judía del tipo *Vigna* (7). Después de lo cual sus migraciones se dirigieron hacia el África austral, evitando las selvas más densas donde hacía estragos la tripanosomiasis. La protección y luego el cultivo del ñame (8), del árbol de la cola (9) y de la palma de aceite no comenzaron hasta mucho más tarde. La introducción de plantas americanas (maíz, mandioca, patata dulce (11), col caribeña (12), cacahuete, judía del tipo *phaseolus*, etc.) la llevaron a cabo los portugueses, después del “descubrimiento” del nuevo mundo. Su cultivo se extendió progresivamente, comenzando por las zonas de más fácil acceso, en las orillas de los ríos. El cultivo de la mandioca tomó gran importancia en las regiones más irrigadas y con suelos más fértiles.

Algunos de aquellos pobladores siguieron viviendo exclusivamente de la caza, la pesca y la recolección. Tal era el caso de los pigmeos, cuya economía estaba basada en la explotación directa de los recursos forestales, sin ninguna transformación del medio, en las regiones cálidas y húmedas del África ecuatorial. Sus desplazamientos a través de la selva estaban sincronizados con las migraciones estacionales de los animales salvajes y el desarrollo de diversas especies de plantas comestibles. Lo mismo les sucedía a los bosquimanos en regiones de la sabana, las más ricas en caza del África austral.

Justo antes de ser colonizada por los conquistadores europeos, el África subsahariana estaba poblado de manera discontinua en zonas de una relativa fuerte densidad demográfica separadas por vastas extensiones poco pobladas. Estas diferencias reflejaban por una parte la heterogeneidad del medio ecológico, con mayores densidades en las zonas donde las potencialidades agrícolas eran más altas, pero eran también en gran medida, resultado de las importantes sangrías demográficas que se produjeron durante el odioso comercio triangular. La trata de esclavos había provocado efectivamente una verdadera hemorragia demográfica, no sólo por el hecho del gran número de esclavos exportados desde las costas de Benín, del Congo, de Angola y de Senegal (de 10 a 20 millones de individuos entre los siglos XVI y XIX), sino también con motivo de las masacres y destrucciones a que daba lugar esta “caza de esclavos”.

La abolición de la esclavitud, a finales del siglo XVIII, no puso término inmediato a esta hecatombe, al contrario, la colonización y los trabajos impuestos a los africanos por las autoridades coloniales ocasionaron también pérdidas humanas importantes. La construcción de las primeras vías de ferrocarril fue mortífera. Huyendo de las levas de portadores, gran número de familias abandonaron sus pueblos y sus campos cultivados para refugiarse en el interior de la selva, donde murieron de hambre.

La herencia de la colonización

Se sabe que la colonización agrícola de los territorios del África austral y oriental por los emigrantes europeos no se hizo sin conflictos con las poblaciones autóctonas que se negaban por lo general a trabajar para aquellos y tenían aún grandes territorios donde refugiarse. Los colonos se dieron prisa para crear las condiciones jurídicas necesarias con el fin de que las poblaciones negras fuesen masivamente privadas de sus tierras y relegadas a lejanas “reservas” u otros “bantustanes”, en tierras de baja calidad, con la intención de poder beneficiarse de una mano de obra barata cuando la necesitasen.

La formación de grandes explotaciones con asalariados fue muy complicada en otras regiones del África sub-sahariana con muy baja densidad demográfica, por la dificultad de convertir en proletarios a campesinos a quienes no se les había confiscado totalmente las tierras ni los recursos naturales. Efectivamente, era imposible disponer de gran número de obreros en regiones de baja densidad demográfica donde las poblaciones dispersas podían todavía acceder libremente a la tierra y a los recursos forestales. Las autoridades coloniales intentaron imponer diferentes formas de trabajo forzado para el tendido de las vías férreas y para el desarrollo de las producciones agrícolas que sus metrópolis necesitaban, las cuales no siempre eran de origen africano: el café, el cacao, el caucho, el algodón el cacahuete, el aceite de palma, etc. Pero sin gran éxito. Fue obligando a los campesinos a pagar un impuesto monetario, con la complicidad de las autoridades locales, que los gobernantes consiguieron integrar a los campesinos en la economía de mercado y obligarles a producir mercancías para los países colonizadores. En efecto, fue la venta de productos destinados a la exportación lo que les permitió ganar el dinero necesario para pagar el impuesto personal (13).

A cambio de bienes de consumo manufacturados, las grandes compañías comerciales (*Société commerciale de l'Ouest Africain, Compagnie française d'Afrique Occidentale*, etc.) empezaron por sacar los productos cuya recolección o producción no necesitaba grandes inmovilizaciones de capital fijo: cacahuetes, fibras de algodón, aceite de palma y de palmito, caucho, marfil, maderas preciosas, etc. La recolección primaria de los productos era confiada a comerciantes de origen sirio-libanés o indo-paquistaní, a quienes las grandes compañías europeas adelantaban el capital comercial que necesitaban. La apertura de pistas y vías de ferrocarril para el comercio de esclavos facilitó la posterior colonización agrícola de zonas todavía poco pobladas, ya que los agricultores recién llegados esperaban de este modo poder dar salida a sus productos sin grandes dificultades.

El auge precoz de la producción del cacao en Costa de Oro (14) se vio favorecido por la creación de una oficina de comercialización cuya primera función consistía en asegurar una relativa estabilidad de los precios pagados a los productores. Este *cocoa marketing board* puso en funcionamiento un sistema de crédito para ayudar a los campesinos a comprar las herramientas y los insumos que necesitaban. Las exportaciones de habas de cacao a Gran Bretaña empezaron en 1881 y la colonia se convirtió rápidamente en el primer exportador mundial. La administración colonial francesa se esforzó a su vez en animar a establecer plantaciones de cacao en Costa de Marfil y en Camerún. La extensión de las

plantaciones de café y de cacao fue tanto más fácil cuanto que la abolición del trabajo forzado permitía el empleo de mano de obra asalariada procedente de lugares situados más al norte.

En sus colonias del Congo y de Rwanda-Burundi, las autoridades belgas trataron de incentivar el cultivo del algodón y del cacahuete, en parcelas especialmente preparadas para ello y se excedieron dándoles el nombre de “campesinos”. Éstos recibieron campos de forma alargada y estrecha, colocados unos al lado de los otros, perpendicularmente a las pistas de acceso y fueron obligados a practicar rotaciones de cultivos alimenticios, algodón y cacahuete, con barbechos arbustivos o arbóreos de unos diecisiete años. Esta distribución geométrica de las parcelas y de los cultivos se hacía para “poner orden” en la disposición de los campos periódicamente sometidos a la agricultura de roza y quema, y aquel que no cumplía las directrices del plan incurría en pena de prisión. Sin embargo éstas no podían ser estrictamente respetadas por los agricultores cuya disponibilidad de mano de obra variaba considerablemente de una familia a otra. Este autoritarismo revelaba el desprecio que la mayor parte de los ingenieros agrónomos de la época, en representación de la administración colonial, manifestaban por las personas que dirigían.

Poco después de la conferencia de Brazzaville, en 1944, el gobierno francés creó un “Fondo de inversión para el Desarrollo Económico y Social” (FIDES) destinado a sus colonias africanas. Fundamentalmente sirvió para financiar la construcción de edificios destinados a la sanidad y a la educación (hospitales, dispensarios, institutos y colegios) pero también para la instalación de infraestructuras económicas para el transporte, el almacenamiento y la comercialización de los productos agrícolas. Se crearon institutos de investigación agronómica, cada uno especializado en uno de los grandes tipos de cultivo para seleccionar los cultivares más apropiados a las condiciones ecológicas de cada colonia y perfeccionar el proceso de transformación industrial (desgrane e hilado, prensado del aceite, despulpado de los granos de café, fermentación de las habas del cacao, conservación de los frutos, etc.). A veces, en abierta oposición con los comerciantes privados, la administración colonial creó “Sociedades Indígenas de Previsión” (S.I.P.) cuya función primordial era asegurar la recolección primaria de los productos de la agricultura y cuyo rol fue rápidamente extendido al crédito rural, al aprovisionamiento de insumos y a la divulgación de nuevas técnicas. Esta influencia del Estado en todo el proceso de la producción agrícola no se acabó con la independencia política de los países colonizados. Las S.I.P. fueron pura y simplemente rebautizadas “Sociedades Africanas de Previsión” (S.A.P.), antes de ceder el puesto a pretendidas “agrupaciones pre-cooperativistas”, a su vez encuadradas en diversas “sociedades públicas de desarrollo rural”.

La agricultura agro-exportadora bajo la tutela del Estado

Hay que reconocer que las independencias políticas no terminaron con los mecanismos destinados a obligar o a animar a los campesinos a producir cada vez más para la exportación. A pesar de las declaraciones oficiales en que teóricamente convertían la seguridad alimentaria en una de las prioridades de sus gobiernos, las

producciones alimenticias casi siempre fueron relegadas a un segundo plano y nunca se beneficiaron de políticas públicas favorables a su desarrollo. Los esfuerzos desplegados en apoyo del campesinado iban, sobre todo, dirigidos al desarrollo de los cultivos de exportación (café, cacao, caucho, té, aceite de palma, etc.) generadores de divisas con las cuales poder importar los equipamientos necesarios para la industrialización y los productos manufacturados deseados por las clases acomodadas. En el marco de los “Acuerdos de Lomé” ⁽¹⁵⁾, los países de la Comunidad Económica Europea (CEE) concedieron a sus antiguas colonias un régimen preferencial para este tipo de productos. El sistema “Stabex”, creado en 1975, les permitió, a aquellas, más o menos, estabilizar los ingresos derivados de sus exportaciones de productos agrícolas hacia la Europa comunitaria.

Los jóvenes Estados se esforzaron en acumular recursos financieros imponiendo tasas a la exportación y cobrando derechos de aduana a la importación. Pero estos recursos fiscales y las ayudas extranjeras fueron en gran medida desviados para el provecho exclusivo de las clases dirigentes y sus amigos, con lo cual se limitaron los fondos destinados a la inversión y al aumento de la productividad. Muchas fueron también las sumas engullidas en proyectos suntuarios o sobredimensionados, tanto en la agricultura como en el sector industrial. A causa de estos dispendios inapropiados y por el déficit que ocasionó en sus balanzas de pago, las élites africanas han tenido que recurrir muchas veces a créditos exteriores. En tal magnitud y de tal modo que los países africanos están casi todos actualmente muy endeudados y sometidos a “planes de ajuste estructural”, directamente inspirados por los “consejos” prodigados por la Banca Mundial.

Estos planes no buscan sólo la liquidación progresiva de la deuda de los Estados, considerados rentistas y depredadores; incitan también a los poderes públicos a promover una apertura cada vez mayor de sus economías al mercado internacional, a fin de acentuar la especialización de las economías según las “ventajas comparativas” de que dispondría cada uno de los países. La dependencia de las economías ligadas a la exportación de un número limitado de productos agrícolas (cacahuete, algodón, café, cacao, caucho, aceite de palma, etc.) es aún muy acentuada en casi todos los países africanos, cuyo producto interior bruto no cesa de variar en función de las fluctuaciones de los precios de aquellos en el mercado mundial. Pero lo peor es que los productos africanos sufren la competencia de los productos procedentes de los Estados Unidos de América (algodón y cacahuete) o procedentes de países del “Sur” en los cuales las inversiones destinadas a aumentar la productividad han sido más masivas: cafés brasileños y vietnamita, cacao de Indonesia, caucho tailandés, aceite de palma malayo, etc. Al no haber desarrollado suficientemente su agricultura alimentaria, la mayor parte de las naciones africanas deben dedicar una parte creciente de los ingresos de su exportación a la importación de productos básicos. Después de deducida la parte correspondiente al pago de la deuda, Rwanda, Uganda y la República Democrática del Congo destinan más de un tercio de las divisas procedentes de la exportación a la compra de alimentos en el mercado mundial ⁽¹⁶⁾.

Preocupados por romper el monopolio comercial de las antiguas casas de importación y exportación, herederas de la época colonial, y para asegurar un control riguroso de la exportación de los productos agrícolas tropicales, los jóvenes Estados del África francófona crearon oficinas públicas de comercialización ⁽¹⁷⁾ y “cajas de

estabilización” a quienes, productores o comerciantes intermediarios, estaban obligados a vender sus mercancías a precios teóricamente fijados de antemano. Esta proliferación de organismos públicos fue el origen de la aparición de una nueva, o del refuerzo de una ya existente, burguesía burocrática pletórica y frecuentemente corrompida. Los “precios garantizados” por el Estado se fijaban a niveles muy inferiores a los precios FOB, que, por lo general, no permitían a los agricultores generar el ahorro que necesitaban para equipar mejor sus explotaciones. Las tasas a la exportación sirvieron sobre todo para financiar inversiones en otros sectores y a mantener el tren de vida de la nueva burguesía. Así pues, las “cajas de estabilización” funcionaron como organismos de recaudación, a expensas de los ingresos de los campesinos.

Gran número de gobiernos optaron por la creación de un sector agrícola estatal, antes que por medidas de apoyo a la agricultura campesina. De esta manera se multiplicó el número de las plantaciones y de las granjas de Estado integradas en grandes complejos agro-industriales públicos. Si el gobierno congoleño ha logrado, más o menos, crear grandes plantaciones de palma de aceite en tierras prácticamente deshabitadas de la Cuvette y de la Sangha, con graves problemas de escasez de mano de obra, los palmerales plantados al sur de Benín se han hecho, desgraciadamente, en su mayor parte, a costa de los palmerales preexistentes de los campesinos, en regiones muy densamente pobladas. Las intervenciones del Estado buscaron deliberadamente sustituir la multitud de pequeños y viejos palmerales, de los que se extraía tradicionalmente múltiples productos (aceites, “vino de palma”, madera, fibras, larvas, etc.) y en los cuales, los campesinos conseguían cultivar también una gama importante de plantas hortícolas, por plantaciones muy densas de palmeras seleccionadas por su pequeño tamaño y por su corto periodo de entrada en producción, pero a cuya sombra no era posible realizar otros cultivos. Se obligó a los productores a entregar la totalidad de las nueces y de las almendras a las aceiteras industriales, poniendo fin a las redes de transformación artesanal, cuando incluso los consumidores preferían el aceite producido por estos últimos, considerado más sabroso que los aceites refinados.

Los poderes públicos no solo intervinieron de forma exagerada e inoportuna en los países que se referían explícitamente al “socialismo”. La idea según la cual el Estado debía representar un papel dirigente en agricultura era ampliamente compartida por las burguesías de los países que manifestaban abiertamente opciones “liberales”. Lo mismo ocurrió al sur de Benín, donde los campesinos de las regiones del sur de Togo tuvieron que aceptar la tala de sus palmerales “tradicionales” y su sustitución por palmerales de fuerte densidad, controlados por sociedades estatales, y en los cuales ya no podían plantar huertas. Los gobiernos de Gabón, Nigeria, Camerún y Costa de Marfil han concedido terrenos teóricamente “públicos” y desocupados, a través de arrendamientos enfiteúticos, a sociedades de economía mixta o a compañías privadas, para establecer grandes plantaciones agro-exportadoras. Muchas comunidades campesinas vieron como se confiscaba, por vía de hecho, tierras cuyos clanes o tribus se consideraban hasta entonces los propietarios legítimos.

Los importantes acondicionamientos hidráulicos

En nombre de la seguridad alimentaria, los poderes públicos no siempre han limitado sus intervenciones a las actividades agro-exportadoras, también han promovido o animado la producción de arroz del que las poblaciones urbanas en pleno crecimiento se han convertido en grandes consumidoras. El riego pasó a ser una prioridad para los gobiernos y socios capitalistas internacionales. Pero el agua disponible para ello está concentrada a lo largo de los ríos Senegal, Níger, Chari, Nilo y Zambeze, cuyas nacimientos están situadas en las regiones más lluviosas del África intertropical húmeda. Es por ello que los esfuerzos destinados al riego se han concentrado en los alrededores de estos grandes ríos.

El gobierno de Malí quiso extender y rentabilizar los acondicionamientos realizados por la Oficina del Níger durante la época colonial. Los campesinos a quienes el Estado confió el usufructo de parcelas regables debían respetar las normas técnicas que la Oficina les decía, con la obligación de facilitarles los insumos y materiales agrícolas a crédito, de mantener la red de irrigación y de comprar el *paddy* al precio fijado por el Estado. La idea consistía en obligar a los campesinos a poner en marcha sistemas de cultivo intensivos en trabajo y en insumos. Pero la superficie concedida a cada familia era relativamente importante (del orden de 5 a 6 hectáreas) en relación a la fuerza de trabajo familiar y a las herramientas manuales de que disponían los agricultores; y éstos siguieron durante mucho tiempo practicando la agricultura extensiva, sin utilizar la técnica del trasplante.

Un acuerdo firmado en 1972 por los gobiernos de Senegal, de Mauritania y de Malí permitió realizar importantes acondicionamientos en el valle del río Senegal. Este acuerdo condujo a la construcción, en los años 1980, de dos grandes embalses, uno río arriba, en Manantali, y otro río abajo, en la ciudad de Diama, destinados a impedir la entrada de agua salada en el delta y a regular el nivel de las aguas en todo el recorrido que separa los dos embalses. La posterior realización de estaciones de bombeo y de canalizaciones debía permitir el riego de unas 500.000 hectáreas de arrozales, acondicionados en las antiguas llanuras que se abonaban con los limos de las crecidas en la parte media y baja del valle. Pero, no pudiendo encontrar los fondos necesarios, los Estados tuvieron que rebajar la extensión de sus proyectos y, realmente, en la actualidad, sólo se pueden regar algo menos de 100 000 hectáreas, con enormes costes recurrentes para el funcionamiento, el mantenimiento y la renovación de los materiales e infraestructuras. Las “sociedades de desarrollo” puestas en marcha para “encuadrar a los campesinos” y organizar la distribución del agua en las dos orillas del río no han demostrado más eficacia que la Oficina del Níger en Malí. Retrasos en la distribución de los insumos, reparaciones tardías de los materiales de bombeo, escasez de gasóleo, pago diferido de los productos agrícolas comercializados y enfrentamientos por el tema de los “turnos del agua” ha habido montones, haciendo especialmente difícil y aleatoria la intensificación arrocera.

Situaciones similares se han podido ver en los perímetros irrigados de Nigeria, de Burkina Faso o de Sudán. La rizicultura intensiva en trabajo e insumos puede dar un rendimiento por hectárea relativamente elevado si los agricultores conocen bien la técnica del riego y el uso de los abonos químicos, pero su rentabilidad no está realmente asegurada en países con malas comunicaciones, *donde el precio de los insumos en el mercado interior es especialmente elevado a causa del coste del*

transporte. Como no se realiza una conservación regular de las infraestructuras, los servicios de ingeniería rural deben pedir ayuda a la cooperación internacional para llevar a cabo proyectos destinados a su rehabilitación. Fáciles de planificar y rápidos de financiar, estos proyectos atrajeron la atención de los prestamistas, y los contratos de ejecución que los acompañaron fueron sobre todo provechosos para las empresas encargadas de las obras. El resultado es que los perímetros irrigados se han convertido en uno de los medios privilegiados para drenar la ayuda extranjera.

Traducción libre al castellano, autorizada por el autor

**POR UN “COMERCIO JUSTO”:
PROTEGER LAS AGRICULTURAS DE SUBSISTENCIA
DEL SUR.
REFORMAR LA POLÍTICA AGRÍCOLA COMUN**

El derecho de los campesinos africanos a usar medidas de protección arancelaria.

Como consecuencia de las numerosas gravámenes impuestos por las potencias coloniales y las burguesías administrativas y comerciales de los jóvenes Estados independientes, los campesinos del África subsahariana, muchas veces, apenas han conseguido beneficios para asegurar, por un lado los productos de primera necesidad para sus familias, y por otro, el ahorro necesario para invertir en nuevos equipamientos agrícolas y poder aumentar así la productividad de su trabajo en sus unidades de producción. Es la razón de que la inmensa mayoría de campesinos, actualmente, sólo dispongan de instrumentos manuales: azadas, machetes, palos excavadores, cuchillos, hoces, mazos, etc. El problema es que con estas herramientas, actualmente, los agricultores no pueden pretender ser competitivos en el mercado mundial de productos agro-alimentarios y no consiguen hacer frente a las importaciones de cereales procedentes de la Unión Europea, de los Estados Unidos, de Canadá, de Argentina o de Brasil.

Sometidos, en lo sucesivo, a los planes de estabilización económica y a los programas de ajuste estructural concebidos por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Banca Mundial, los Estados cuyos gobiernos han tenido que renegociar con estos prestamistas unos nuevos plazos para su deuda externa, han aceptado a cambio poner en marcha las medidas macroeconómicas que les eran impuestas, entre las cuales la apertura de sus economías al mercado internacional ocupaba un lugar principal. Hasta tal punto que, en el marco de las negociaciones en curso con la OMC, numerosos son los países africanos que parecen dispuestos a no hacer valer sus derechos a proteger sus agriculturas nacionales con medidas arancelarias (derechos de aduana para la entrada de productos importados).

Tal como recomiendan la OMC y las instituciones de Bretton Woods, esta “liberalización” de los intercambios internacionales, teóricamente, estaría destinada a eliminar en sus fronteras cualquier forma de protección y a suprimir las tasas o subvenciones que pudiesen conducir a distorsionar los precios en los mercados nacionales de productos agrícolas. Cada uno de los países que sufre esta competencia se vería obligado a especializar su agricultura en función de sus propias “ventajas comparativas”. Pero fijándonos con mayor detenimiento, el problema no es tan simple como dicen los partidarios del libre comercio. Las consecuencias de una apertura de este tipo a los intercambios internacionales de productos agro-alimentarios se ha comprobado que son catastróficas para la seguridad alimentaria y el desarrollo económico de la mayor parte de los países del África sub-sahariana, ya deficitarios en estos productos. Esto es como consecuencia de que la productividad del trabajo agrícola es más de 200 veces inferior en las explotaciones campesinas de

los países africanos que en las empresas altamente mecanizadas del “Norte” y de los grandes latifundios de América del Sur.

Tomemos por ejemplo un campesino pobre que trasplanta su arroz a mano, en Casamance, al sur de Senegal: éste no puede apenas trasplantar anualmente más de media hectárea; y sin ningún fertilizante, su rendimiento neto medio en paddy³ no sobrepasa la tonelada por hectárea; es decir un producto neto máximo de 500 kg por activo y por año. Con sus tractores, sus sembradoras multisurcos y su segadora trilladora automática, su competidor de la Camarga o de Luisiana consigue plantar más de un centenar de hectáreas por año; con sus abonos químicos y sus productos fitosanitarios, puede fácilmente obtener rendimientos superiores a 5 toneladas por hectárea, es decir un producto bruto de al menos 500 toneladas por activo y por año. Incluso considerando que los 4/5 partes de esta producción representasen un coste en insumos químicos y en amortización de maquinaria, el valor añadido anual por activo equivale al menos a 100 toneladas de paddy, es decir una productividad neta 200 veces superior a la del campesino de Casamance. En el mercado de Dakar, los arroces de Casamance se codean con los de Tailandia, con los europeos y norteamericanos. Para poder vender su arroz a los mismos precios que sus competidores, los campesinos senegaleses están obligados a aceptar una remuneración de su trabajo 200 veces inferior a la de los obreros agrícolas del “Norte”. ¿Cómo podrían, en estas condiciones, sacar beneficios suficientes para equipar mejor sus explotaciones y llegar a ser en un futuro competitivos?

**Productividades del trabajo comparado:
Casamance (Senegal) y Camarga (Francia).**

	Casamance	Camarga
Superficie/activo/año	0,5 hectáreas	100 hectáreas
Rendimientos hectáreas	1,1 toneladas	5 toneladas/hectárea
Producto bruto/activo/año	550 kg de paddy	500 toneladas de paddy
Costes de producción	Semillas: 50 kg por cada 0,5 hectáreas	4/5
Valor añadido/activo/año	500 kg de paddy/activo/año	100 toneladas/activo/año

Lo dramático es que estas diferencias de productividad existen también con el cacahuete, el mijo, el sorgo, el algodón, etc. Cada uno de nosotros sabe, por ejemplo, que en las estanterías de cualquier supermercado, en Francia o en Dakar, un litro de aceite de cacahuete se vende más o menos al mismo precio que el litro de aceite de girasol que está a su lado. Pero, ¿se es consciente de que hay 200 veces más trabajo agrícola en el primero que en el segundo?. El resultado es que cuando intercambiamos aceite de cacahuete y de girasol al mismo precio en el mercado internacional, los senegaleses ofrecen 200 veces más trabajo que el que se les da en

³ Paddy; Arroz batido, pero con cáscara sin habersele separado las glumelas.

contrapartida. ¿Podemos entonces calificar de “libre” un intercambio entre productores que trabajan en condiciones de productividad tan dispares, con cantidades de trabajo tan desiguales? ¿De qué ventajas comparativas pueden disponer los senegaleses? De ninguna en el ámbito agrícola. Lo más rentable es ir a trabajar a otro lado y, efectivamente, muchos son los campesinos que intentan emigrar a Dakar o alguna de las pocas grandes ciudades. Sin que por ello puedan garantizar que van a encontrar empleos e ingresos que les permitan asegurar el bienestar de sus familias. ¡Así pues, a Senegal no le queda otro remedio que especializar su economía en la producción y exportación de fuerza de trabajo humano hacia los mercados clandestinos de mano de obra!

El caso es que para gran número de regiones intertropicales húmedas de África, especializar sus economías en la exportación de café, cacao, pimienta o bananas, productos para los que no existe competidor 200 veces más productivo en los países del “Norte”, no parece tampoco ser la solución. Los campesinos africanos, en este caso, entran en competencia con los de los países de Asia y América Latina, quienes, sometidos a la misma competitividad con los productos básicos procedentes de las grandes explotaciones del Norte, también han especializado sus sistemas de producción en esos mismos productos. De este modo, compitiendo los unos con los otros, todos los países del Tercer Mundo acaban generando cantidades excedentarias que contribuyen a provocar la caída de sus precios en el mercado internacional. Esta caída de precios no se frena hasta que los agricultores del Sur renuncian a producir dichos productos tropicales y eso no sucede hasta que sus exportaciones pasan a ser menos rentables que los cultivos básicos destinados a los mercados interiores. En definitiva, la remuneración de los productores africanos de café, cacao, bananas, pimienta y otros productos tropicales, acaba por alinearse con la que dan los cultivos básicos, para los cuales los agricultores del Sur han de soportar la competencia de los países del Norte.

La cuestión no está sólo en luchar contra las subvenciones a las exportaciones agrícolas de los países ricos sino también en conceder el derecho a las naciones africanas para realizar lo que los mismos europeos han conseguido hacer con éxito: proteger sus agriculturas de productos básicos en el marco de los mercados comunes regionales con los consiguientes derechos aduaneros. Ni que decir tiene que si se alza la voz para que se les autorice a poner tasas a sus importaciones de productos básicos, nosotros hemos de dejar de exportar a cualquier precio los excedentes agrícolas para cuya producción nuestros agricultores han recibido subvenciones.

Por una revisión radical de la política agrícola de la Comunidad Europea.

Sabemos que la política agrícola común (PAC) con la que se habían dotado los europeos a principio de los años 60, se basaba en su origen en principios de intervención de los poderes públicos, que se sustraían totalmente a las doctrinas liberales. De esta forma, numerosos productos agrícolas pudieron a la vez circular sin cortapisas en el interior del mercado europeo y beneficiarse de una protección comunitaria con respecto a las importaciones procedentes del exterior. Con miras a

apoyar y estabilizar los precios pagados a los agricultores se establecieron derechos de aduanas variables que han sido sistemáticamente aplicados en las importaciones de ciertos productos considerados como particularmente estratégicos desde el punto de vista de la seguridad alimentaria, a saber principalmente: los cereales, el azúcar, la leche y la carne. No recibieron el mismo trato ni las fibras textiles (lana, lino, etc), ni las oleaginosas (soja, guisantes, etc), ni algunos productos sustitutivos de los cereales (mandioca).

Hay que constatar que esta política de precios a la vez remuneradores, incitativos y estables, dio muestras de gran eficacia. Y la cuestión es saber por qué las naciones africanas no han podido aplicarla. Europa pasó de ser deficitaria al terminar la II Guerra Mundial a tener excedentes a partir de los años 1960 para casi todos los productos protegidos. Los stocks fueron tales que rápidamente fue preciso darles salida al exterior. De esta manera los europeos tuvieron que subvencionar sus exportaciones de cereales, productos lácteos y carnes, en competencia directa con los EE.UU. Ciertamente los gobiernos europeos establecieron cuotas de producción para limitar los excedentes de azúcar y leche. Mas allá de las cuotas que les fueron atribuidas en su día, a partir de ahora, los agricultores europeos, ya no pueden beneficiarse de los precios garantizados por Bruselas. Pero frente a los lobbies de los grandes productores, esta política de cuotas no ha podido todavía ser aplicada ni a los cereales ni a la carne, cuyos excedentes siguen siendo exportados a precios de saldo en el mercado mundial, previo pago de sustanciosas subvenciones a los exportadores y a los productores.

El gobierno de los EE.UU. de América está también implicado en este tema de las subvenciones. Se sabe que las subvenciones concedidas por el gobierno federal a los 25.000 productores de algodón de Luisiana y Carolina del Sur (19), que están equipados con maquinas recolectoras, superan el producto interior bruto de Burkina Faso, país en el que dos millones de campesinos se esfuerzan por cultivar y recolectar el algodón a mano para sacar unos ingresos que necesitan imperiosamente para adquirir productos de primera necesidad: medicamentos, ropa, jabón, etc.

Si bien esto es verdad, también lo es que desde 1992 la política agrícola de la Unión Europea ha evolucionado progresivamente de un régimen de apoyo a los precios, a mecanismos de ayudas directas a los agricultores, cada vez más “desacoplados” de la producción propiamente dicha. El descenso programado de los precios en el mercado europeo debía verse compensado con estas nuevas subvenciones, pero esas ayudas directas, proporcionales a la dimensión económica de las explotaciones, favorecen sobre todo a los productores mejor equipados y contribuyen a acelerar todavía más la concentración de las explotaciones, sin acabar con el éxodo rural, ni con los excedentes agrícolas. Estas subvenciones también contribuyen desgraciadamente a reducir los precios de los productos agrícolas en el mercado mundial.

Estas subvenciones a la agricultura, que las autoridades europeas y norteamericanas desean mantener aún hoy en día, deberían ser severamente denunciadas en las negociaciones internacionales apadrinadas por la Organización Mundial del Comercio (OMC), ya que tienen como consecuencia el descenso aún mayor de los precios agrícolas en los mercados internacionales, con gran perjuicio para el campesinado del Tercer Mundo, sobre todo el africano. En efecto, hemos de

reconocer que esta “distorsión” de las condiciones de la competencia agrava aún más la situación de los campesinos cuyas técnicas son todavía manuales y que ya sólo por este hecho sufren enormes dificultades para seguir siendo competitivos. Sus familias se ven frecuentemente condenadas a abandonar muy pronto el campo y a ir a parar en masa a las chabolas de las grandes capitales (Dakar, Jartum, Lagos, Kinshasa, Nairobi, etc.), sin que por ello tengan asegurado el trabajo, ni los ingresos correspondientes.

Desde allí, actualmente, algunas familias tratan de emigrar como pueden hacia los países industrializados del Norte, con la esperanza de encontrar trabajo, incluso clandestinamente. ¿Actualmente, quién puede pretender ignorar las condiciones en las que “espaldas mojadas” africanos tratan de llegar a las islas de Malta y Tenerife?. ¿Quién no ha oído hablar de esos jóvenes que se esconden en los trenes de aterrizaje de los aviones con la débil esperanza de llegar vivos a un aeropuerto europeo?. Y con todo, esto no es más que la punta del iceberg. Mucho más masivos todavía han sido los desplazamientos de poblaciones sahelosudanesas a la búsqueda de tierras para cultivar en las lejanas regiones selváticas del África occidental y central. Y sabemos que estos movimientos migratorios han causado algunas veces graves disturbios políticos y sociales en las regiones de acogida (Ejemplo: El conflicto reciente en Costa de Marfil).

La solución para los campesinos africanos estaría en conseguir que sus gobiernos pudiesen imponer derechos de aduana a la entrada de cereales procedentes de los países del Norte o de los latifundios del Nuevo Mundo, y acabar con todas las subvenciones a las agriculturas europeas y norteamericanas produciendo una bajada de los precios mundiales de los productos agrícolas. Pero ello supone una revisión radical de la PAC, de modo que ya no hubiese que exportar a toda costa los excedentes de productos básicos y, “a la primera de cambio”, reorientar la agricultura europea esencialmente hacia su mercado interior. Al mismo tiempo, sería conveniente modificar totalmente el mandato del comisario europeo en las negociaciones internacionales mantenidas dentro de la OMC: en lugar de defender el derecho a exportar los excedentes agrícolas, para cuya producción los agricultores han recibido subvenciones, sería más constructivo litigar por una regulación internacional de los intercambios agrícolas que permitiría a los países africanos y a los del Tercer Mundo constituir mercados agrícolas regionales (20) protegidos del exterior por derechos de aduana comunes. A cambio de renunciar a la exportación de nuestros excedentes a precios de *dumping*, la Unión Europea debería pedir poderse proteger ella misma contra las importaciones de oleaginosas procedentes de los grandes latifundios del nuevo mundo (Argentina, Brasil, Estados Unidos). Para los europeos, la cuestión estriba efectivamente en saber si no le sería más ventajoso dejar de exportar cereales a bajo precio y producir más oleaginosas (soja, habas, guisantes forrajeros, etc.), de las cuales hemos pasado a ser importadores por motivo de su débil protección actual.

Igualmente convendría favorecer la producción en Europa de productos agroalimentarios de gran calidad (productos bio, de granja, de marca, con denominación de origen, etc.) de los cuales los campesinos europeos podrían sacar precios más remuneradores tanto en los mercados internos como en la exportación hacia los mercados solventes. ¿Lo más urgente no sería relanzar esta demanda en productos de gama alta a través de la restauración colectiva?.

¿Por qué no transferir una gran parte de las subvenciones de la PAC que se conceden actualmente tan solo con unos condicionamientos económicos difícilmente verificables o aplicables a escuelas primarias, institutos, asilos, comités de empresa u instituciones universitarias, a fin de que estos organismos puedan dar comidas de calidad y pagar mejor a los productores agrícolas, los cuales se beneficiarían de este modo de precios más remuneradores a cambio de una producción más artesanal y de proximidad? Una transferencia de subvenciones como ésta sería difícilmente criticable por la OMC en la medida que existen otros grandes países agro-exportadores que practican ellos mismos políticas de ayuda alimentaria a sus poblaciones más desfavorecidas: políticas de bonos alimentarios (*food stamps*) en los Estados Unidos, programas “Hambre cero” y “Becas/ayudas familiares” en Brasil, etc

No nos equivoquemos, esta reorientación drástica de la PAC y las nuevas directrices dadas al comisario europeo en las negociaciones internacionales no tendrían como únicas consecuencias pagar mejor a los agricultores europeos y asegurar una mejor alimentación a los segmentos sociales más modestos que frecuentan más los restaurantes colectivos. ¡Tendrían, sobre todo, un efecto más, les darían a los campesinos africanos la oportunidad de poder asegurar por sus propios medios la seguridad alimentaria de sus países y al mismo tiempo poder vivir y trabajar dignamente en sus campos de origen, sin verse obligados a emigrar antes de tiempo a las grandes ciudades o al extranjero! En el contexto de la actual y creciente mundialización de la economía, es importante subrayar que el aumento de los precios de los productos agrícolas pagados a los campesinos africanos tendría unos efectos mucho más rápidos e importantes sobre sus ingresos y su bienestar que todos los esfuerzos realizados actualmente a través de la ayuda pública (o privada) al desarrollo.

DEMOCRATIZAR Y ASEGURAR EL ACCESO A LA PROPIEDAD AGRÍCOLA

La extensión de la superficie cultivada: espacios cada vez más codiciados.

No pudiendo aumentar indefinidamente el rendimiento por hectárea de los campos de trigo, a menudo, los agricultores africanos se han visto obligados a aumentar la superficie plantada para poder alimentar una población que no cesa de crecer. Ha sido fácil extender la superficie cultivada, a excepción de las regiones donde la propiedad estaba monopolizada por las grandes haciendas coloniales (África austral y del este), ya que las tierras disponibles para trabajarlas no eran de propiedad privada y han sido (y muchas veces siguen siendo) de libre acceso. Pero esta “fiebre por la tierra” está creando serios problemas y se encuentra en el origen de numerosas disputas. El crecimiento demográfico ha tenido como consecuencia la reducción de las superficies cultivables disponibles por habitante, convirtiendo la tierra en un recurso cada vez más codiciado. Las rivalidades por la posesión de las tierras cultivables son cada vez más frecuentes y desembocan desgraciadamente en conflictos cada vez más mortíferos, trayendo como efectos añadidos hambrunas y desplazamientos masivos de poblaciones en Sudán, Nigeria, Costa de Marfil, en la zona de los grandes lagos, etc. ¿Es necesario pues privatizar la tierra para que pueda ser comprada, vendida, arrendada, hipotecada como han propuesto algunos expertos de la Banca Mundial? Nada más lejos ... La historia reciente muestra palpablemente que la privatización de la tierra agrícola no puede considerarse la panacea y que la práctica del derecho consuetudinario frecuentemente denunciado por haber quedado obsoleto podía haber sido positivo para conseguir un desarrollo agrícola sostenible.

La colonización agrícola de las tierras cultivables por parte de los campesinos africanos ha sido muy parecida en los diferentes países. Los primeros roturadores comenzaron en primer lugar por practicar sus sistemas agrícolas de roza y quema en grandes extensiones, delimitando de esta manera progresivamente términos municipales de grandes dimensiones de los cuales se consideran los legítimos propietarios. Desde el final de la esclavitud y de los conflictos entre las diferentes etnias a principios del siglo veinte, los agricultores no han dudado en extender las tierras cultivadas a espacios alejados de los pueblos.

En las sabanas del África sudano-sahariana, la introducción y la vulgarización de la tracción animal y de los instrumentos de tiro iniciados por los jóvenes estados independientes han permitido a los agricultores aumentar sensiblemente las superficies de cereal por activo y año. Una ampliación de este calibre se mostraba de hecho necesaria para poder cultivar simultáneamente los cultivos de huerta (mijo, sorgo, niebé, etc.) y los de renta (cacahuete, algodón) para satisfacer así a la vez las necesidades alimenticias y monetarias de las familias. La carrera desenfrenada para aumentar la superficie cultivada por explotación estuvo de hecho alentada por las

legislaciones territoriales puestas a punto al día siguiente de las independencias. Con el pretexto de nacionalizar el suelo y fomentar la concesión de las tierras a quienes las trabajan, la mayoría de los jóvenes estados quisieron desposeer a los jefes tribales de sus antiguas prerrogativas en materia de redistribución periódica de las tierras de cultivo. Por consiguiente, muchos fueron los campesinos que intentaron aumentar al máximo sus superficies cultivadas para adquirir definitivamente la mayor cantidad de tierra posible. Los que pudieron disponer de tracción animal obtuvieron mayores extensiones que aquellos cuyas herramientas eran aún manuales. El resultado fue, por lo general, una apropiación más desigual de la tierra en beneficio de las familias y de los grupos tribales mejor equipados.

El aumento de la superficie de los campos de trigo se ha realizado a expensas de antiguas áreas de monte y pastoreo. Los campesinos, cuyo número no deja de crecer, se han puesto a cultivar campos cada vez más alejados de sus pueblos. Incluso muchos matrimonios jóvenes han abandonado sus pueblos para ir a colonizar “nuevas tierras” que anteriormente sólo eran recorridas por los pastores trashumantes o nómadas. Esta disminución de la superficie de pastoreo se ha producido en un momento en que los rebaños habían visto aumentar el número de sus cabezas por efecto de de las campañas de vacunación y el consiguiente descenso de la mortalidad animal. Rápidamente se produjeron fenómenos de sobrecarga de pastoreo y la disminución drástica de múltiples especies forrajeras, herbáceas, arbustivas y arbóreas. Demasiados animales en superficies cada vez más reducidas, que comen gran número de gramíneas antes de que éstas puedan acabar su ciclo de crecimiento y reproducción. El empobrecimiento de la capa herbácea incita entonces a los pastores a que sus rebaños coman las hojas y los frutos de los árboles leñosos para no podar prematuramente los arbustos y árboles forrajeros antes de que puedan producir todos sus granos en la estación seca.

El pastoreo excesivo conduce pues a acelerar la disminución de la cubierta vegetal, con el resultado de una aún mayor reducción de los aportes de materia orgánica y la desprotección de los suelos frente a los agentes erosivos.

No pudiendo disponer de forrajes en cantidad suficiente durante el recorrido por sus zonas tradicionales situadas en los confines del Sahara, los pastores nómadas han de regresar más pronto a las zonas agrícolas situadas más al Sur, con el riesgo de ver a sus rebaños pacer en los campos de mijo y sorgo antes de que éstos no hayan sido totalmente cosechados. Estos regresos prematuros, y las destrucciones de cultivos que resultan, son casi siempre el origen de los conflictos sangrientos entre los pastores nómadas y los agricultores sedentarios cuyo número va en aumento en Níger, en Malí y más aún en Chad y en Sudán (Darfur).

Buscando ingresos complementarios a los que producen sus explotaciones agrícolas, muchos jóvenes agricultores sahelosudaneses han emigrado hacia las regiones más meridionales y forestales, para encontrar trabajo o tierras en Costa de Marfil, en Ghana, en Togo, en Nigeria, etc. Limitados al principio a desplazamientos temporales durante la estación seca, estos movimientos migratorios hacia el sur han dado lugar, poco a poco, a establecimientos de más larga duración. Mientras estas regiones forestales estaban aún poco pobladas, los “dueños de la tierra”, descendientes de los primeros roturadores, acogieron a los recién llegados con los brazos abiertos, cediéndoles con mucho gusto superficies para plantar cacao o café,

quienes debían entregar una parte de la plantas (a menudo la mitad) a los propietarios de las tierras y el resto para el inmigrante. Es así como, después de haber trabajado como obreros agrícolas entre los primeros instalados, los otros inmigrantes han procurado, a su vez, establecer nuevas plantaciones por cuenta propia. Este movimiento, que se inició en Ghana, fue rápidamente emulado en Costa de Marfil, país que se convirtió rápidamente en el primer exportador mundial de cacao. Esta expansión territorial no fue iniciada, ni realmente controlada por los poderes públicos, al contrario de las inversiones directamente realizadas por gran número de estados africanos (Camerún, Togo, Benín, etc.) para la producción de caucho y de aceite de palma.

Mientras era posible roturar nuevos espacios de selva densa y beneficiarse así de nuevos terrenos ricos en materias orgánicas y poco infestados por hierbas adventicias, a los agricultores les interesaba practicar sistemas de cultivo más bien extensivo, pero bastante remuneradores en relación a la poca cantidad de trabajo invertido. Su extensión fue causa de una progresión de nuevos frentes pioneros, a expensas de la selva densa original, y como consecuencia la constitución de verdaderos “núcleos” de producción especializados.

La historia de la región de los grandes lagos muestra que el aumento de la densidad demográfica puede ir a la par de una intensificación y una diversificación de los sistemas de cultivo y no produce sistemáticamente graves crisis de producción agrícola. El hecho es que no son los países con densidad demográfica mayor los que actualmente dependen más de las importaciones para su alimentación. Se trata, al contrario, de países con mucha selva, poco poblados pero muy urbanizados (Gabón, Congo, República Centroafricana), que han de importar una parte importante de sus alimentos. La competencia de las importaciones produce que asistamos a veces en estos países a una verdadera depreciación agrícola, con una extensión progresiva de la selva densa en detrimento de las sabanas.

Asegurar el acceso a las tierras agrícolas y a los pastos

El problema es que al mismo tiempo que los movimientos migratorios, el crecimiento demográfico y el aumento de las plantaciones de cada una de las familias, algunas regiones han sido totalmente roturadas y están totalmente ocupadas. Esta “saturación” de los espacios ha podido observarse desde los años 1970 en antiguas zonas forestales de Ghana y se encuentra actualmente prácticamente acabada en las regiones meridionales de Costa de Marfil. La extensión de las plantaciones arborícolas ha ido progresivamente a la par de un proceso de apropiación privativa de las tierras y, a continuación, los inmigrantes consideraron definitivamente suyos los terrenos sobre los que habían plantado árboles por su cuenta.

Las superficies plantadas comenzaron a poder ser vendidas, arrendadas o **hipotecadas** y poco a poco fueron el objetivo de transacciones monetarias; la tierra se convirtió en una mercancía que escapaba cada día más al control de sus antiguos propietarios. Los dignatarios, que habían sido antiguamente los garantes del patrimonio territorial de sus clanes, llegaron a veces incluso a desviar en su provecho

las rentas que las poblaciones foráneas debían tradicionalmente pagar a los clanes que se las habían cedido. En Ghana, Nigeria y Costa de Marfil, en las zonas donde ya no quedaban prácticamente tierras libres, se produjeron numerosos conflictos por su posesión, dando como resultado la expulsión masiva de campesinos extranjeros hacia sus países de origen.

Y lo más dramático es que frente a la inseguridad territorial creciente, las autoridades gubernamentales y el personal político tienen tendencia a buscar chivos expiatorios y no dudan en señalar a los inmigrantes llegados de las regiones sudano-saharianas (de Burquina Faso, de Níger, de Costa de Marfil y nigerianos del norte) como los responsables de la situación actual, con el consiguiente riesgo de ver aparecer conflictos étnicos del tipo de los observados recientemente en Costa de Marfil. El gobierno de este país promulgó un nuevo código territorial en diciembre de 1998, estipulando que únicamente los marfileños podían acceder a la propiedad de la tierra, excluyendo de hecho a numerosos campesinos originarios de Burkina Faso, instalados desde hacía mucho tiempo en el país. Es de temer que tales acontecimientos se repitan en el futuro y es poco probable que los campesinos expulsados puedan encontrar condiciones favorables para su supervivencia en los países sahariano-sudaneses, mucho más áridos.

Es preciso, desgraciadamente, constatar que muchos de estos conflictos territoriales han surgido o han sido agravados después de intervenciones inoportunas de los estados y de sus administraciones corruptas en materia de ordenación del territorio y desarrollo rural. Bajo el pretexto de ordenar “racionalmente” los espacios rurales y de promover formas “modernas” de agricultura, los poderes públicos se han esforzado, efectivamente, muchas veces en reagrupar a las familias campesinas en pueblos situados a lo largo de las pistas y, consecuentemente, en atribuirles de nuevo las tierras agrícolas. Tales reagrupamientos territoriales tuvieron lugar en las regiones ya densamente pobladas de la zona de los grandes lagos, con la ayuda de numerosos garantes de fondos internacionales (Banco Mundial, Banco Africano para el Desarrollo, etc.). La consecuencia más importante fue el alejamiento de los agricultores de sus explotaciones agrícolas, cosa que fue aprovechada por muchos altos funcionarios para auto-concederse grandes parcelas en las tierras más fértiles y mejor equipadas. Muchas veces, los últimos pastos indivisos han sido clasificados arbitrariamente como “terrenos forestales” y prohibida su tala o el pastoreo y a renglón seguido sustituirlos por jóvenes plantaciones de eucaliptos, dando como resultado la disminución de los intercambios de materias orgánicas que producían los desplazamientos diarios de los rebaños entre las zonas de pastoreo y las parcelas cultivadas. No olvidemos que son esas intervenciones autoritarias y brutales de los estados las que explican esencialmente, más allá de las “disputas étnicas”, el estallido de las increíblemente mortíferas guerras civiles de las que los habitantes de Ruanda y Burundi fueron las víctimas.

Numerosos funcionarios y comerciantes empiezan actualmente a invertir una parte de sus ahorros en la compra de tierras agrícolas en la periferia de las grandes ciudades o en las zonas bajas preparadas para la ricultura. Vemos pues surgir propietarios de tierras absentistas (los “agricultores del domingo”) que hacen trabajar sus parcelas por campesinos sin tierras. La autoridad de los antiguos “dueños de las tierras”, ya muy cuestionada por las intervenciones centralizadas de los estados, está cada vez más debilitada por la multiplicación de las transacciones de tierras sobre las

cuales, a menudo, no les es posible ejercer el más mínimo control. La superposición de dos “derechos sobre las tierras” en los mismos espacios cultivables, el consuetudinario y el del estado central, se convierte en una grave fuente de inquietud para gran número de agricultores.

Para acabar con esta incertidumbre sobre los derechos a las tierras, el Banco Mundial se ha esforzado en financiar programas de reformas abriendo aún más ampliamente la vía a la propiedad privada con el registro y la entrega de títulos de propiedad debidamente legalizados y permitiendo el acceso de los campesinos a créditos garantizados con las tierras. Pero esta distribución de títulos de propiedad ha contribuido en verdad a engendrar aún más inseguridad en la propiedad de las tierras cuando funcionarios “sin escrúpulos” y jefes tribales venales han aprovechado para apropiarse de las mejores tierras o darlas a sus “clientes”. El principio tantas veces esgrimido según el cual “la tierra pertenece al que la trabaja” suscita en nuestros días una verdadera “carrera por la tierra” y numerosos agricultores plantan árboles con la intención de “delimitar” sus posesiones, sin saber si sus derechos sobre ellas pueden considerarse definitivamente adquiridos.

Numerosos campesinos africanos desean poder asegurar sus derechos a la propiedad de la tierra y los estados se ven ante la necesidad de poner en marcha nuevas legislaciones sobre las tierras y a animar a los agricultores y ganaderos a invertir en la puesta en funcionamiento de sistemas de producción que sean a la vez más productivos y más respetuosos con el medio ambiente. Pero vemos que la privatización de la tierra con la entrega de los títulos de propiedad debidamente legalizados no puede considerarse como la panacea y podría incluso a veces acelerar los procesos de concentración de tierras en manos de absentistas. La privatización total de la tierra puede incluso manifestarse, a veces, contraproducente cuando acaba de manera traumática con la superposición de derechos de uso que vemos a menudo en las mismas tierras en gran número de regiones: derecho a cultivar, derecho de paso de los animales, derecho a la tala de árboles y arbustos, etc. Las acciones de cercado que vemos aquí y allá en las regiones donde funcionarios y comerciantes han conseguido comprar tierras tienen graves problemas cuando los cercados interrumpen el paso de los rebaños y obstaculizan el pasto libre.

El hecho es que puede ser peligroso querer promulgar prematuramente leyes y reglamentos demasiado uniformes a escala de cada país, con el riesgo de imponer a menudo disposiciones inadecuadas a la situación de cada región y de provocar con ello violentos conflictos. Lo más apropiado sería sin duda promulgar en primer lugar leyes marco fijando las modalidades según las cuales deberían después llevarse a cabo fases de concertación y de negociación entre el Estado y las principales categorías sociales implicadas (agricultores, ganaderos, leñadores, etc.) con miras a definir lo más claramente posible lo que podrían llegar a ser los derechos de acceso y uso de cada una de ellas y los deberes correspondientes. En efecto, generalmente interesa actuar de manera que las nuevas disposiciones sean objeto de un muy amplio consenso y que las diferentes partes implicadas encuentren allí ventajas muy superiores a los eventuales (pero a veces inevitables) inconvenientes. Esos arreglos deberían lógicamente tener en cuenta las perspectivas de evolución de las modalidades de explotación y de revalorización de los ecosistemas por cada una de las categorías de los agentes, habida cuenta de las nuevas técnicas a las cuales podrían tener acceso en el futuro. Al mismo tiempo convendría prever los

procedimientos que permitirían ulteriormente a las poblaciones sancionar a los infractores y arbitrar los eventuales litigios entre operadores sin tener que recurrir a los tribunales lejanos y desconocedores de las realidades locales, Significa que casi no podrá haber legislaciones de la tierra realistas en la mayor parte de las regiones africanas sin que éstas no den lugar a una enorme subsidiaridad.

Por unas reformas agrarias en África austral

Todavía importadora neta de productos agroalimentarios en las primeras décadas del siglo XX, África del Sur pasó rápidamente a ser exportadora de cereales, de azúcar, de frutas y de vino. Pero esta relativa prosperidad de la agricultura sudafricana es engañosa: salvo algunas excepciones, el bienestar de los *farmers* no afectaba más que a la minoría blanca y obedecía más a la gran extensión de las superficies explotadas en cada una de las unidades de producción (1.750 hectáreas de media) que a cualquier intensificación de las técnicas agrícolas.

El recurso a las máquinas motorizadas (tractores de gran potencia, cosechadoras, etc.) ha permitido sobre todo realizar más rápidamente las operaciones de cultivo, con menor cantidad de mano de obra asalariada. Los sistemas ganaderos han permanecido muy extensivos en los *ranchs* de varios centenares o varios miles de hectáreas. Esta práctica del *ranching* es sin duda la que da mayor beneficio porque conlleva bajos costes monetarios para el granjero. Pero un estudio llevado a cabo para el Banco Mundial en 1995 demuestra muy claramente que existe una “relación inversa entre el tamaño de las explotaciones comerciales y su eficacia económica” (21), debido a que las más grandes de ellas son las que hacen el peor uso de la fuerza de trabajo disponible. África del Sur parece autosuficiente en cereales y exporta cada año incluso entre dos y tres millones de toneladas de maíz; pero eso es debido en gran medida al hecho de que más de 9 millones de personas no tienen los ingresos suficientes para comprar el maíz que necesitan para alimentarse correctamente.

Los campesinos negros y *coloured* (70 % de la población sudafricana) están concentrados en los perímetros de los antiguos bantustanes (*homelands*), con tan sólo 15 % de la superficie agrícola (1,3 hectáreas por familia) y deben vender actualmente sobre todo su fuerza de trabajo. Los bantustanes se han convertido efectivamente en reservas de mano de obra para la explotación de las minas, el desarrollo de las manufacturas y el trabajo en las grandes unidades de producción agrícola de la minoría blanca. La agricultura y la ganadería en los *homelands* se han visto rápidamente reducidas a simples actividades complementarias para las personas mayores, los parados y las madres de familia que permanecen en las casas: agricultura y ganadería de corral destinadas exclusivamente al autoconsumo familiar y pequeños rebaños de rumiantes para redondear las pensiones. Los hombres en edad de trabajar fueron condenados a las idas y venidas diarias entre sus zonas de adscripción y sus lugares de trabajo.

La situación no es muy distinta en Namibia donde las poblaciones negras han sido en su mayor parte agrupadas en las regiones septentrionales (la ex Ovambololand, y la franja de Caprivi), donde el clima típico del Sahel permite

cultivar algunos cereales (mijo, sorgo et incluso maíz) para su propio autoconsumo. Lo mismo que en los bantustanes de África del Sur, estos agricultores sólo pueden sobrevivir yendo a trabajar fuera de las zonas donde están acantonados, particularmente a las minas de oro y diamantes, propiedad de compañías multinacionales. Para poder protegerse contra los riesgos del despido y asegurar lo mejor posible sus jubilaciones, las familias se esfuerzan en mantener como pueden un pequeño rebaño de rumiantes (bovino, ovino y caprino) en las tierras de pastoreo, todavía indivisas, de sus regiones de origen.

Zimbabwe es el país del África austral donde la reforma agraria parece más avanzada; pero las condiciones de su puesta en marcha han provocado muchos conflictos y los campesinos que se han beneficiado realmente han sido muy pocos. En el momento de la independencia del país en 1980, cerca de 840.000 familias negras estaban aún encerradas en reservas, las *Tribal Trust Lands*, en menos del 45% de la superficie agrícola disponible, mientras que unos 6 000 propietarios blancos, con explotaciones de unas 2 000 hectáreas de media, concentraban ellos solos algo más de la mitad de la superficie en las zonas más fértiles y mejor irrigadas del país. Pero los acuerdos de Lancaster House a finales de 1979, después de los cuales pudo ser reconocida la independencia de Zimbabwe, estipularon que durante un periodo transitorio de diez años, el nuevo estado no estaba autorizado a proceder a redistribuciones de tierras sin el consentimiento de los propietarios y sin compensación financiera inmediata para las tierras afectadas.

Hubo que esperar hasta principios del nuevo milenio para que, bajo la presión de campesinos sin tierra, el gobierno comenzase a proceder a expropiaciones masivas sin indemnización. Pero los beneficiarios aún no han podido disponer libremente de las tierras que les habían sido concedidas. Así pues, los antiguos combatientes de la guerrilla se vieron obligados a constituir “cooperativas de producción” o a trabajar como asalariados en nuevas granjas del estado, con resultados económicos más que decepcionantes. Las familias campesinas originarias de las antiguas zonas de “reservas” (rebautizadas como *communal lands*) y reinstaladas en el marco de *resettlement schemes*, vieron como se les atribuían pequeñas parcelas de unas 5 hectáreas de tierras, en regiones a veces muy alejadas de su antiguo lugar de residencia, y tuvieron que plegarse a reglas estrictas sobre la utilización de las superficies de las que el estado les había dado sólo el usufructo. La inseguridad en la posesión de la tierra y la debilidad de los créditos concedidos para la compra de insumos agrícolas han provocado que los rendimientos de los cultivos sean casi siempre inferiores a los de los antiguos grandes propietarios. Pero más grave aún fueron la atribución preferencial de grandes propiedades enteras a dignatarios del régimen (los *big men* del partido del poder (22) y el hecho de que cerca de 3,5 millones de hectáreas se quedaran yermas o fuesen sólo objeto de una explotación muy extensiva. El resultado es que Zimbabwe debe importar actualmente gran parte de los alimentos u consume su población..

La puesta en marcha de auténticas reformas agrarias no es menos necesaria en el resto del África austral. La concentración de tierras conlleva efectivamente una situación de las más absurdas desde el punto de vista de la asignación de la fuerza de trabajo en el espacio: muchas personas disponibles en las tierras más malas y pocos trabajadores empleados en las más fértiles. Las reformas agrarias no se justifican pues tan sólo por razones de justicia social y de redistribución de los

beneficios, sino que se revelan también absolutamente necesarias por razones de simple eficacia económica.

La infrautilización de la tierra y las débiles producciones por hectárea observadas en las propiedades muy grandes son resultado del interés de los propietarios por maximizar sus tasas de beneficios recurriendo lo menos posible a la mano de obra asalariada, considerada demasiado costosa. De esta manera, no dudan en sustituir en cuanto pueden esta fuerza de trabajo por potentes máquinas, sin preocuparse por saber si los trabajadores afectados podrán o no encontrar trabajo en otra parte. Para amortizar lo más rápidamente posible estas inversiones y para rentabilizar al máximo sus importantes inmobilizaciones de capital fijo, los responsables de las grandes explotaciones tienen interés en especializar sus sistemas de producción con el riesgo de poner en marcha cada vez una sola actividad (monocultivo, ganadería especializada, etc.) y ni siquiera respetar algunos principios agronómicos elementales: rotación de cultivos, rotaciones diversificadas, asociaciones de agricultura con ganadería, etc. Los propietarios de explotaciones muy grandes disponen de hecho de los medios financieros necesarios para una intensificación de sus sistemas agrícolas o ganaderos pero, sencillamente, no tienen interés, prefieren invertir sus capitales disponibles en actividades menos arriesgadas y más lucrativas: comercio, turismo, especulación inmobiliaria, etc.

Al contrario, los campesinos que sólo tienen acceso a pequeñas parcelas tendrían mucho interés en intensificar cada vez más sus sistemas de producción para conseguir beneficios superiores sobre la poca superficie de la que disponen, pero estos agricultores, generalmente, no tienen los medios financieros ni materiales que necesitarían y por lo tanto no consiguen hacer el mejor uso de su propia fuerza de trabajo familiar a la cual les es difícil asegurar el pleno empleo en parcelas excesivamente exiguas. Es difícil en tales condiciones aumentar la producción agrícola porque los campesinos que tendrían interés en producir más no tienen los medios y los latifundistas que tienen los medios no tienen interés. La pobreza que predomina en las zonas donde todavía están encerrados los campesinos cuyos padres han sido víctimas del apartheid no permite a penas ampliar el mercado interior para las industrias nacionales. La industrialización del África austral se encuentra efectivamente en condiciones muy problemáticas por las desigualdades extremas de las rentas que existen en la región. La puesta en marcha de reformas agrarias destinadas a repartir mejor la tierra agrícola y a aumentar así las rentas podría resultar favorable al campesinado.

Lo urgente es redistribuir las tierras de los grandes propietarios actualmente infrautilizadas entre los campesinos minifundistas y obreros agrícolas sin tierras para crear nuevas explotaciones de carácter familiar comerciales, de talla media. Pero la experiencia de Zimbabwe nos recuerda que una reforma agraria no puede limitarse sólo a esta redistribución de las tierras, sino que debe también actuar de modo que los campesinos beneficiarios tengan también acceso a los créditos, a los insumos y a los equipamientos necesarios para aumentar su producción y sus rentas. Es importante también dejar una total autonomía a estos campesinos para que decidan por ellos mismos las rotaciones de cultivos y los tipos de ganadería a introducir en sus nuevas explotaciones. Los campesinos que trabajan en sus propias explotaciones son los que han de elegir los sistemas de cultivo y de ganadería más rentables y adaptar permanentemente sus itinerarios técnicos en función de las

situaciones locales y de las incesantes fluctuaciones climáticas. Sin conocer la especificidad de cada una de las situaciones, el estado se equivoca cuando intenta imponer sus “soluciones” a los agricultores.

PROMOVER UNA INVESTIGACIÓN Y UN DESARROLLO TECNOLÓGICO APROPIADOS

No pudiendo crear en la ciudad el número suficiente de empleos productivos retribuidos para absorber un éxodo rural ya demasiado rápido, las naciones africanas no podrán acabar con la pobreza y resolver la cuestión alimentaria si no consiguen aumentar de forma sostenible la productividad y la remuneración del trabajo agrícola, eso sin perjudicar las potencialidades productivas de sus ecosistemas. Ello supone que se lleven a cabo progresos tecnológicos importantes, teniendo en cuenta las particularidades agroecológicas y socioeconómicas de cada una de las regiones implicadas. El error sería creer que las técnicas que han funcionado en otras zonas del Norte o del Sur pudiesen ser “transferidas” tal cual sin ninguna adaptación.

Éxitos y límites de la “revolución verde” en África

Se sabe que la “revolución verde” estuvo en el origen de un muy importante crecimiento de la producción alimenticia en varios países de Asia y América Latina durante los años 1970 y 1980. Este crecimiento provino esencialmente del empleo de variedades de cereales, tubérculos y leguminosas seleccionadas por su alto potencial de rendimiento genético (fotosintético) por unidad de superficie. Así sucedió en varias regiones de México, de Brasil, de Turquía, de India, de Corea, de China y del sudeste asiático, donde se pudo poner en funcionamiento infraestructuras destinadas a la irrigación y al drenaje de las tierras cultivadas. Pero muy raramente sucedió lo mismo en el África subsahariana.

Sin embargo, no se puede negar el aumento de la producción cerealista que se obtuvo con estas variedades en algunas regiones de África donde fue posible regar las tierras, echarles abono químico y proteger los cultivos de los ataques de depredadores y agentes patógenos. Ese fue en particular el caso del maíz híbrido en varias zonas de África austral y el del arroz de origen asiático en algunos perímetros irrigados situados en los aluviones depositados por los grandes ríos. Esa es la situación en la zona controlada por el Instituto del Níger en Malí y, en menor medida, en los perímetros habilitados a lo largo del río Senegal. Pero, en general, los nuevos cultivos propuestos a los agricultores se mostraron especialmente sensibles a las tensiones hídricas o térmicas y mucho más exigentes en insumos químicos (abonos de síntesis y productos fitosanitarios) que las variedades campesinas tradicionales. Para obtener los rendimientos esperados, los agricultores se vieron

obligados a reproducir las condiciones que inicialmente habían prevalecido en las estaciones experimentales donde habían sido seleccionadas estas variedades, recurriendo a importantes inversiones en materia de riego, drenaje, fertilización y protección de los cultivos. El empleo de nuevas variedades con alto potencial de rendimiento solo se produjo en los lugares donde los estados y las ayudas extranjeras pudieron asumir una parte importante de los costes iniciales. Aún así fue preciso que los campesinos pudiesen beneficiarse de una relativa seguridad sobre la propiedad de sus tierras para proceder a la fertilización de sus campos con la esperanza de sacar beneficios a medio plazo.

Pero hemos de reconocer que sin poder acceder fácilmente a los medios necesarios para irrigar estas plantas de alto rendimiento, suministrándoles abonos y protegiéndolas de los insectos depredadores y de los agentes patógenos, los agricultores más pobres apenas utilizaron las variedades llamadas “mejoradas”. Los campesinos cuyos ecosistemas no se prestaban a la puesta en cultivo de nuevos cultivares, y los que trabajando en condiciones demasiado precarias no tenían apenas interés en arriesgarse a contraer deudas para comprar nuevos medios de producción manufacturados, no pudieron apenas sacar provecho de los resultados de una investigación agronómica cuyas condiciones de puesta en marcha habían quedado muy alejadas de sus contextos ecológicos y socioeconómicos. Finalmente los campesinos que sufren hoy en día hambre o malnutrición son por lo general los que quedaron excluidos de la “revolución verde” y las primeras familias que llegaron a los barrios de chabolas fueron las que se endeudaron indebidamente para tratar de llevar a cabo dicha “revolución verde”.

Últimamente es normal escuchar que los OGM podrían contribuir a resolver los problemas de la pobreza, del hambre y de la malnutrición del África subsahariana, permitiendo a los agricultores a partir de ahora luchar más fácilmente contra las malas hierbas y ciertos insectos nocivos. La llegada de los OGM de “segunda generación” debería incluso, se dice, poner próximamente a disposición de los agricultores cultivares más rústicos que las variedades utilizadas actualmente, o susceptibles de suministrar productos de mayor calidad nutritiva. Pero, ¿qué puede pasar exactamente teniendo en cuenta las condiciones en que trabajan los campesinos del Tercer Mundo?. Las multinacionales que han invertido millones en la puesta a punto de estas plantas transgénicas quieren patentarlas y obligar a los agricultores a comprar sistemáticamente sus semillas en todos los ciclos de cultivo, lo que parece especialmente arriesgado o fuera del alcance para gran número de ellos. Efectivamente los OGM no parecen haber sido concebidos para los campesinos pobres e insolventes de África.

Para un enfoque agroecológico de la agronomía

Pero más allá de los OGM, la cuestión está en saber según qué criterios deben ser seleccionadas o producidas las nuevas variedades destinadas a los campesinos africanos. Los genetistas, ¿no deberían en primer lugar prever en que sistemas de producción esas variedades podrían o no manifestar sus potencialidades genéticas?. ¿Y estamos seguros de que es la genética lo que limita actualmente las disponibilidades alimentarias de las poblaciones más expuestas al hambre y a la

malnutrición, es decir aquellas que han sido ya excluidas de la “revolución verde”? ¿La cuestión no sería más bien resolver los problemas de fertilidad de los suelos y el aprovechamiento óptimo de los ciclos del agua, del carbono, del nitrógeno, del fósforo, del potasio, del calcio y de otros elementos minerales, en el seno mismo de los ecosistemas en los cuales operan los agricultores?

Al revés de la postura que consiste en seleccionar solamente un número limitado de variedades “standards” en estado experimental y a continuación pasarlas a los campesinos, sin tener en cuenta sus diversas condiciones ecológicas que obligan a acondicionar y uniformizar de forma draconiana las zonas en las que se pretende llevar a cabo la puesta en cultivo, ¿no se debería optar por una vía totalmente diferente que pensase en poner a punto las técnicas más adecuadas a las diferentes categorías de productores africanos?. Esta vía consistiría en adaptar, en la medida de lo posible, los sistemas de producción a las condiciones ecológicas predominantes de la agricultura y de la ganadería en las diferentes regiones: adaptación a los suelos, a los microclimas, a los depredadores, a los insectos, a las “malas yerbas”, etc. Los agricultores podrían entonces sacar mejor provecho de los ciclos del carbono, del nitrógeno y de los elementos minerales, seleccionando cada vez en el seno de los diversos ecosistemas, las especies, razas y variedades para producir las calorías alimentarias, proteínas, vitaminas, minerales, fibras textiles, moléculas medicinales, etc., de las cuales la sociedad tiene mayor necesidad. Les ayudaríamos entonces a dar mayor importancia al crecimiento y al desarrollo de los animales y plantas seleccionadas en sus ecosistemas de origen, sin tener que cambiar de arriba a bajo estos últimos.

La FAO estima que en África solo el 7% de las tierras arables se encuentran en regadío, frente a un 40% en Asia. Durante mucho tiempo se ha pensado que el regadío podía ser la solución para resolver los problemas de la pobreza, el hambre y malnutrición. Pero a causa de las costosas instalaciones hidráulicas realizadas en los años 1970 – 1980 en las riberas de los grandes ríos que no dieron los resultados esperados, se hace difícil en el futuro conseguir fondos para emprender nuevos proyectos de estas características. Como mucho se logra conseguir una poca cantidad para rehabilitar las instalaciones ya existentes. Sin embargo, actualmente son muchos los agricultores que deben encontrar los medios necesarios para optimizar el uso de las aguas de lluvia para las necesidades de una agricultura estrictamente pluvial. En las regiones semiáridas, no faltan “líneas de trabajo” para disminuir las escorrentías y aumentar la infiltración en el suelo con el fin de que sirvan al crecimiento de las plantas cultivadas o espontáneas: pequeños diques filtrantes en curvas de nivel, pequeñas presas con embalses, esparcimientos de madera seca para favorecer la proliferación de termitas, excavación de corazas lateríticas por estas últimas, etc. La eficacia de tales trabajos está demostrada, pero esto supone que pueda ser organizada a nivel de la aldea o de los barrios en los pueblos. Ello es mucho menos costoso que los numerosos proyectos de regadío; ahora bien, menos proclives ciertamente a ceremonias de inauguraciones espectaculares.

Con el fin de aumentar rápidamente la productividad del trabajo agrícola, aún son muchos los agro-economistas que desean promover la utilización de tractores “modernos” y de otros ingenios motorizados en las aldeas. Pero la experiencia demuestra que esta solución aparentemente rápida, se revela frecuentemente ineficaz y hasta contraproducente. Esto es así, sobre todo porque la moto-mecanización no

sirve tanto para producir más como para eliminar mano de obra. La importación de maquinaria representa un coste suplementario para la nación, y los trabajadores excluidos por las máquinas corren el riesgo de encontrarse pura y simplemente en paro sin poder producir nada. Este caso puede parecer caricaturesco pero desgraciadamente es muy frecuente. A lo cual se añade el hecho de que el empleo de tractores supone que se reduzca el ancho de los setos vivos y de las cubiertas arbóreas mientras que estos últimos representaban frecuentemente un papel importante para la fertilidad de los suelos. Por otra parte, los tractores permiten también a los más ricos apropiarse más aún de tierras agrícolas, a veces en la más completa legalidad, apoyándose en leyes dictadas desde las capitales afirmando el precepto: “la tierra para el que la trabaja”. Los equipos motorizados son utilizados por las grandes familias para apropiarse de las tierras que antes eran de libre acceso para el resto.

De manera más general la “rentabilidad” de los sistemas de producción agrícola no debería ser evaluada independientemente de las condiciones económicas y sociales en las que operan los agricultores: mayor o menor precariedad en la tenencia de la tierra, dependencia frente a los comerciantes usureros, posibilidad de trabajo y de salarios en otras actividades no agrícolas, mayor o menor solidaridad en los clanes o en las aldeas, etc.

¿Vale la pena “mejorar” un rendimiento siempre en aumento sin tener en cuenta el trabajo, el dinero y los riesgos? ¿El interés de gran número de agricultores no consiste más en reducir sus gastos monetarios para valorizar al máximo la fuerza de trabajo disponible y minimizar los riesgos de sus bajos resultados? Muchos campesinos pobres se esfuerzan así en cultivar en cada una de sus parcelas una enorme variedad de cultivos con exigencias agroclimáticas diferentes: maíz, sorgo, judías, mandioca, ñames, boniato, calabazas, etc. De este modo pueden siempre recolectar un mínimo de cereales y de tubérculos sean cuales sean los eventuales accidentes climáticos (sequías, inundaciones, etc.).

En estos momentos existen ya en varias regiones de África técnicas apropiadas a las condiciones agroecológicas y socioeconómicas de los campesinos que no recurren exageradamente a los abonos químicos ni a los productos fitosanitarios. La práctica que acabamos de evocar consiste en asociar simultánea y sucesivamente varias especies y variedades en un mismo campo, lo que contribuye no solo a disminuir los riesgos de catástrofes económicas en caso de accidentes climáticos, de problemas fitosanitarios o de caídas de los precios en los mercados internacionales, sino que también permite a las plantas cultivadas captar de la mejor manera posible la energía lumínica para transformarla en calorías alimenticias. Efectivamente, estas asociaciones de cultivos cubren la totalidad de la superficie agrícola y pocos son los rayos de sol que no consiguen ser utilizados para la función de la fotosíntesis. Ellas limitan además la propagación de agentes patógenos y de insectos depredadores, al tiempo que protegen los suelos de la erosión pluvial o eólica. La integración de leguminosas en estas asociaciones permite además fijar el nitrógeno del aire para la fertilización de los suelos y la síntesis de las proteínas. Este reconocimiento de la sabiduría de los campesinos no quiere decir que no exista ninguna posibilidad de mejora en la puesta en marcha de estos sistemas de cultivo, sino que, previamente, es preciso tener en cuenta su racionalidad para buscar cuales podrían ser realmente esas mejoras. De esta manera se comprenderá cómo la introducción en una

asociación de cultivos de una nueva especie o variedad conocida por tener efectos favorables desde un punto de vista agronómico, podría en realidad afectar al funcionamiento de las asociaciones en su conjunto.

Una asociación más estrecha de la ganadería con la agricultura puede también constituir en gran número de casos una evolución favorable al desarrollo agrícola sostenible, sobre todo en las regiones sudano-saharianas, donde estas dos actividades han estado mucho tiempo separadas porque eran practicadas por grupos étnicos diferentes. Esta asociación permite un mayor aprovechamiento de subproductos de cultivos en la alimentación del ganado; aprovecha la fuerza de tracción animal para trabajar con herramientas uncidas; consigue la fertilización orgánica de los campos gracias a los excrementos animales. Pero aún se necesita que los campesinos puedan disponer de los equipos necesarios para el mantenimiento y el transporte de las materias orgánicas.

El ejemplo de los agricultores de la zona algodonera del sur de Malí es especialmente ilustrativo al respecto. Como consecuencia de las intervenciones de todo tipo de la Compañía Maliense de los Textiles (CMDT) y de la Oficina del Alto Valle del Níger (OVHN) y gracias a que muchos agricultores han tenido acceso a créditos garantizados por la producción de algodón, la agricultura de esta región ha sido objeto de transformaciones bastante considerables en tan sólo tres décadas. Gracias a la adquisición de animales y carretas, muchos campesinos han estado en condiciones de sustituir sus antiguos sistemas de agricultura de tala y chamicera por un sistema en el que los campos pueden cultivarse todos los años sin periodo de barbecho ni pérdida de fertilidad. Estas tierras destinadas a cultivos anuales, sin haber retomado la práctica del barbecho ni arbustivo ni arbóreo, constituyen desde ahora un verdadero *ager* bajo arbolado de nérés y de karités. Éstos están abundantemente fertilizados con los desperdicios caseros y con el aporte de abono orgánico procedente de los apriscos, que se encuentran al borde de las tierras ahora reservadas exclusivamente al paso de los animales (*saltus*) y a parcelas de cultivo anual, en las que el ganado bovino es encerrado por la noche durante la invernada. Las carretas sirven para transportar los rastrojos del cereal después de la siega y las hojas muertas recogidas en los *saltus* transportadas como materia orgánica para ser utilizada como cama en los apriscos. Estas carretas también sirven para transportar el abono orgánico que se va a echar a los campos cultivados. Así pues, observamos un verdadero trasiego de materias orgánicas desde los campos a los apriscos y viceversa.

En las regiones sahariano-sudanesas, la presencia de la *Acacias albida* en los campos cultivados permite duplicar los rendimientos del mijo sembrado bajo sus ramas. Estos árboles de la familia de las leguminosas tienen unas raíces potentes que extraen calcio, fosfato y potasio de las capas profundas del suelo desarrollando su follaje rico en nitrógeno durante la estación seca y, a continuación, al principio de la estación de las lluvias, pierden sus hojas, fertilizando así la capa superficial de los suelos, cosa muy provechosa para el cultivo del mijo, el cual ya no tiene que temer un exceso de sombra. Parcialmente podada durante la estación seca, las hojas de la *Acacia albida* produce un excelente forraje para el ganado bovino que circula libremente por las tierras de pasto libre. Este paso de los rebaños por los campos cultivados durante la estación seca favorece la reproducción y la diseminación de estos árboles en las áreas cultivadas, porque las semillas caídas bajo los árboles son

transportadas a otros lugares gracias a los animales que las comen y las digieren a través de su tubo digestivo. Muchas son las zonas donde sería posible favorecer esta diseminación hasta llegar a una densidad óptima de unos 40 árboles por hectárea. Pero eso supone una atención constante por parte de los agricultores y de los ganaderos para que el crecimiento de los árboles jóvenes esté bien protegido en los primeros momentos de su desarrollo.

Los campesinos africanos han dado innumerables pruebas de su capacidad para innovar y modificar sus sistemas de producción habida cuenta de las evoluciones de su medio ambiente agroecológico y socioeconómico. Pero dicha capacidad ha sido demasiadas veces subestimada por las autoridades políticas y los funcionarios del Estado. Una cosa es segura: es urgente replantearse totalmente las políticas de investigación y desarrollo tecnológicos al servicio de los campesinos ¿No sería mejor, en primer lugar, esforzarse en comprender las bases agronómicas y socioeconómicas de las prácticas campesinas actuales y hacer más inteligible el funcionamiento y la evolución previsible de los ecosistemas creados por los agricultores?. Los campesinos seguirán siendo en el futuro, sin duda, los principales innovadores y antes que querer darles prematuramente lecciones, los agrónomos y economistas deberían acompañarles en sus experiencias y poner sus conocimientos al servicio de un minucioso seguimiento de ellas y de una evaluación rigurosa de sus resultados. ¡Y por supuesto, sin juicios previos sobre lo que sería “mejor” para ellos!

No olvidemos que los obstáculos al aumento de las producciones agrícolas no son sólo de orden agroecológico, muchas veces también son resultado de las condiciones en que los agricultores acceden a las tierras, al crédito, a los insumos y materiales, a los mercados locales de los productos y del trabajo, a las condiciones de desigualdad en las que se manifiesta la competencia entre agricultores en los mercados mundiales de productos agrícolas y alimentarios, etc. Los investigadores en agronomía harían bien en trabajar en estrecha colaboración con sus colegas en ciencias sociales para evidenciar conjuntamente las bases agroecológicas y socioeconómicas de los sistemas de producción practicados actualmente por las diferentes categorías de agricultores y su probable evolución en el futuro.

CONCLUSIÓN

La crisis económica y alimentaria, de la que actualmente son víctimas la mayor parte de países del África subsahariana, tiene su origen en la débil productividad y en la insuficiente competitividad de la agricultura. Sin poder resistir a la competencia de las importaciones de productos agroalimentarios procedentes de países donde la agricultura está ya muy mecanizada, son cada vez más los campesinos africanos que abandonan sus pueblos y emigran a las ciudades sin que eso signifique que allí vayan a encontrar empleos remunerados. De allí el esfuerzo de muchos para después emigrar clandestinamente al extranjero.

Ciertamente, las agriculturas africanas encuentran grandes dificultades para desarrollarse por tener que practicarse en circunstancias agroecológicas muy condicionantes, pero no faltan soluciones técnicas para superarlas con éxito y los campesinos han demostrado en infinidad de ocasiones una gran pericia en la materia. Contrariamente a una idea aún muy extendida, no es necesariamente recurriendo a la motorización de su agricultura que los campesinos africanos podrán recuperar su retraso en productividad. El riesgo está efectivamente en sustituir pura y simplemente la mano de obra por máquinas, sin que aquella pueda a continuación encontrar trabajo remunerado. Lo más importante sería más bien actuar de manera que los campesinos tuviesen los medios y el interés de reorientar en beneficio suyo los ciclos bioquímicos del agua, del carbono, del nitrógeno y de innumerables elementos minerales, en el marco de sistemas de cultivo y de ganadería estrechamente asociados y respetuosos con los grandes equilibrios ecológicos.

Si es justo afirmar que existen soluciones técnicas para resolver los problemas del hambre y la malnutrición en el África subsahariana, no es menos cierto que no podrán ponerse en marcha si previamente no se dan un cierto número de condiciones económicas, sociales y políticas, entre las cuales hay que citar sobre todo:

- la presencia de políticas de investigación y desarrollo tecnológico más respetuosas con los conocimientos campesinos y con la autonomía de los productores en la elección y realización de las rotaciones de cultivos, apriscos para ganado e itinerarios técnicos.
- asegurar los derechos de acceso y uso de la tierra y de los recursos naturales en los países y regiones donde el suelo no es realmente objeto de apropiación privativa.
- la redistribución de la tierra agrícola a favor de los campesinos pobres en los países y regiones donde la concentración rural heredada de la historia colonial es obstáculo para la justicia social y la intensificación sostenible de los sistemas de cultivo y de ganadería (principalmente en África austral).
- la protección de las agriculturas de productos básicos alimenticios frente a las importaciones procedentes de países con agriculturas altamente productivas y subvencionadas, por medio de los consecuentes derechos de aduanas, a fin de que los campesinos africanos puedan rápidamente beneficiarse de precios más remuneradores, incitadores y estables.

Estas condiciones no podrán darse conjuntamente a menos que las reglas fijadas por la OMC lo permitan. Y los gobiernos europeos harían bien en no olvidar el interés de los campesinos africanos cuando redefinan las orientaciones dadas a los comisarios de la Unión Europea para negociar sobre las cuestiones agrícolas en esta zona. Pero no cabe ninguna duda de que no se darán conjuntamente hasta que los gobiernos africanos sean ellos mismos los que realmente gestionen las inquietudes de sus agricultores y, *in fine*, de sus consumidores. De aquí la importancia que toma ahora la reciente aparición, en la mayor parte de países africanos, de auténticas organizaciones campesinas, unas con vocación profesional, otras con carácter más sindical, pero todas con el objetivo de defender los intereses de los campesinos y el futuro de una agricultura capaz de alimentar satisfactoriamente al mayor número de ciudadanos.

Traducción libre al castellano, autorizada por el autor

NOTAS A PIE DE PÁGINA

1. René Dumont: L'Afrique est mal partie. Editions du Senil: Paris. 1962.
2. Fuente: Banco Mundial: Informe sobre el desarrollo humano en el mundo 2000/2001. Lucha contra la pobreza. BIRD: Washington:2001.
3. De 750 millones de personas en 2005, la población del Africa subsahariana podrá alcanzar los 1,8 millones en 2050 (Gyavarch Emmanuelle: Populations et sociétés n° 433. Institut National d'études démographiques (INED), Paris; abril 2007).
4. *Vigna unguiculata*.
5. *Vigna subterranea*.
6. *Eleusine corocana*.
7. *Vigna unguiculata*.
8. *Dioscorea* sp.
9. *Cola acuminata*. Árbol de la familia de las esterculiaceas del que se recolecta la nuez de cola rica en cafeína.
10. *Elaeis guineensis*.
11. *Ipomoea batatas*.
12. *Xanthosoma sagittifolium*.
13. Suma diaria exigida a cada persona en edad de trabajar.
14. Costa de Oro, actual Ghana.
15. Firmados en 1976 y reactualizados en 1981, 1986 y 1991, estos "acuerdos de Lomé" buscaban conceder financiaciones compensatorias a aquellos países cuyos ingresos por exportación bajaban demasiado brutalmente por causa de la caída de los precios de algunos productos agrícolas en los mercados mundiales.
16. Fuente: FAO. "Algunos aspectos de la seguridad alimentaria en el contexto de las negociaciones de la OMC sobre agricultura". Documento preparado por el secretariado de la FAO; Roma. 2001.
17. Oficina del Café y del Cacao (OCC) y Oficina Nacional de Comercialización de los Productos Agrícolas (ONCPA) del Congo, Oficina de los Productos Agrícolas de Togo (OPAT), etc.
18. Sociedad de Fomento y de Explotación del Delta (SAED) en la ribera senegalesa y Sociedad Nacional de Desarrollo Rural (SONADER) en la ribera de Mauritania.
19. 3 800 millones de dólares de los Estados Unidos, es decir alrededor de 2 700 millones de euros.
20. Por ejemplo a escala de África occidental, de África central, de África austral.
21. Después del censo agrícola de 1988, los márgenes brutos por hectárea alcanzaron efectivamente 1514 rands de media en las explotaciones de menos de 500 hectáreas, pero sólo alcanzan los 36 rands en las de más de 1 000 hectáreas! (fuente: Van Zil H., Binswanger H-P. y Thirtle C. : "The relationship between farm size and efficiency in South African agriculture". Policy research working paper 1548. The World Bank; Washington DC.1995).

22. La Zimbabwe African National Union – Patriotic Front /ZANU-PF).

Traducción libre al castellano, autorizada por el autor